

La idea de tradición hace referencia directa al factor "tiempo" e implica, por tanto, una cierta continuidad de determinados elementos culturales a través de la historia. De hecho, tradición es algo más que costumbre. Una costumbre puede devenir tradición cuando recibe de manera añadida a aquello que es una valoración positiva tanto por su continuidad a través del tiempo como por las significaciones que se asocian a ella. Tradición, pues, es algo positivamente valorado "a priori", de aquí que hablemos de "buenas" y "malas costumbres", pero habitualmente no nos expresemos en los términos de "buenas" y "malas tradiciones". Tradición implica continuidad en el tiempo, pero ello no equivale a estaticismo o inmovilidad ya que toda tradición se halla dentro de un continuo proceso de cambio y metamorfosis que puede manifestarse en los niveles morfológico, semántico y/o funcional.

Las tradiciones son sin duda alguna importantes, tanto para la persona en concreto, como para cualquier grupo o colectivo social. Se puede sentir la vigencia de una tradición tanto a nivel individual -el hecho de querer tomarse siempre el primer café de la mañana con la misma taza que nos ha regalado una persona hace muchos años y por la cual sentimos un gran afecto- como a nivel familiar, de pueblo, de barrio o de país. La tradición ayuda a dotar de sentido histórico a las identidades y son, además, estructurantes ya que aportan puntos de referencia a nivel cognitivo que son sumamente importantes para la persona o la colectividad en cuestión. Quizá podemos aventurarnos a pensar que la tradición y, concretamente, el sentido de tradición, es no tan sólo importante sino incluso imprescindible para la persona, y que, sin el sentido de tradición, no hay sociedad posible.

Sin embargo, deberíamos mostrar una especial cautela hacia aquel concepto de tradición que hoy entendemos como producto directo de un proceso de selección altamente ideologizado, según los parámetros

conceptuales de una disciplina tan marcada por el romanticismo como es el folklore. El folklore también nos habla, evidentemente, de tradiciones, pero implícitamente arrastra consigo algunos aspectos que resultan claramente criticables:

I. El reduccionismo que implica considerar tradición solamente una parte del gran conjunto de elementos culturales transmitidos a través de las generaciones, según se adecuen a los valores en los cuales creía el viejo folklore: ruralismo, ancestralismo, etnicidad, y, en un cierto grado, también moralidad.

II. La reificación de la tradición que hace que ésta se conciba como si de algo autónomo se tratase, al margen incluso de sus mismos portadores: los individuos. A menudo se identifica de manera exclusiva la tradición con unas formas determinadas, sin tener en cuenta que "tradición" implica un imbricado complejo de elementos constitutivos que van mucho más allá de la mera morfología de unas prácticas concretas.

La consecuencia directa de estos aspectos es que se puede llegar muy fácilmente a una cierta "tiranía de la tradición". Esta tiranía se manifiesta, por ejemplo, en aquellas visiones puristas que nos presentan la producción tradicional como algo estático que no debe ser nunca modificado, a pesar de que hoy sabemos que, en la realidad, no hay tradición que merezca ese nombre que no esté sujeta a cambios y modificaciones como lógicas adaptaciones a su devenir a través de las coordenadas espacio-temporales.

Hoy día, esta tiranía de la tradición también puede conducir a situaciones de conflicto en las que aquellos valores considerados positivos por el folklore colisionan, de manera clara, con determinados valores sociales de la actualidad. Nada merece ser conservado por el simple hecho de ser tradicional, sino solamente por el conjunto de valores que representa y funciones que desempeña en la colectividad. El "sati", la tradicional inmolación de la mujer en la

India tras la muerte de su marido, no merece ser conservado a pesar de que constituye una tradición y es incluso reivindicado, en ocasiones, en nombre de la cultura. La “tradición” no justifica tampoco el cruel maltrato hacia los animales que se da en muchas “tradiciones” españolas, de la misma manera que tampoco justifica los comportamientos clasistas, sexistas o xenófobos que asimismo podemos hallar en no pocas prácticas tradicionales. De la misma manera que somos capaces y libres de conservar o -incluso- de crear nuevas tradiciones, también lo somos para olvidarnos de ellas o rechazarlas cuando

convenga. La cultura es al fin y al cabo algo vivo, y, sobre todo, es humana. Somos nosotros los que la elaboramos aunque, a veces, de manera errónea se entiendan conceptos como “cultura” o “tradición” como realidades ontológicas justificables por ellas mismas y al margen de sus mismos creadores.

Es extremadamente importante otorgar a la tradición el lugar de honor que indudablemente merece entre nosotros, pero también lo es el reflexionar críticamente sobre ella, y ser siempre muy conscientes del cómo y para qué se usa en nuestra sociedad actual.

Josep Martí i Pérez doctorado por la Universidad de Marburg tras haber cursado estudios de Música y Antropología Cultural en Barcelona y Göttingen. Actualmente está vinculado a la institución dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas “Milá y Fontanals”, en Barcelona, en su Departamento de Musicología.